ANTONIO MACHADO EN BAEZA*

Tras la muerte de su esposa Leonor, Machado dejó Soria y marchó a Madrid a gestionar su traslado a otro Instituto de provincia. Por Real Orden del 15 de octubre de 1912 fue nombrado para la cátedra de lengua francesa del Instituto de Baeza, con un sueldo anual de tres mil quinientas pesetas. Con el nombramiento en su bolsillo subió otra vez al tren. Reanuda su marcha por los caminos de España. Viaja de Madrid a Baeza; es un nuevo viaje, «otro viaje»: «Ya en los campos de Jaén / amanece. Corre el tren / por sus brillantes raíles / devorando matorrales». Siempre se instalaba en un coche de tercera para convivir con el pueblo, oír sus gracias y decires: «La luz en el techo brilla / de mi vagón de tercera»[1].

¿Por qué eligió Baeza como destino? Cuentan sus amigos que deseaba retornar a Andalucía, su región natal, pero estaba al mismo tiempo ansioso de soledad. «Quería una ciudad silente, serena, en la que esconder su dolor. Era también su propósito tener un medio fácil de comunicación con Madrid, de contacto rápido con sus parientes y amigos»[2].

Y en «Baeza, Castilla –una Castilla de oro y verdor– se asoma a Andalucía; o acaso Andalucía abre sus altos muros de esplendores en Baeza, este pueblo

---

* Puede verse su libro *Itinerario de Antonio Machado (De Sevilla a Collioure)*, Madrid, Editora Nacional, 1968.

[1] A. M., «XXX. Otro viaje».

[2] CHAMORRO, J.. «A. M. en la provincia de Jaén», en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*. Jaén, 1958.

dormido, tan lleno de eternidad de las cosas, como si la vida misma fuera en él de huida»[3].

En la ciudad se hospedó en el hotel Comercio, pomposo nombre de una fonda vulgar. Desempaquetó su equipaje, se aseó y fue a presentarse ante el director del instituto. Habló con el portero de la casa de estudios, dando a conocerse como el nuevo profesor de francés. El bedel le dijo:

–El señor director está en la agonía.

Antonio se puso intensamente pálido.

–Hombre, cuánto lo siento. Quisiera hacer algo por él, o por lo menos ver a sus familiares. Verdaderamente he llegado en un momento aciago.

–Pero si al señor director no le pasa nada. Le digo que está en «La Agonía» que es un casino que se llama así.

«La Agonía» era un casino así nombrado porque sus socios, casi todos labradores, se pasaban el tiempo anunciando ruinas y desastres por el mal estado de las cosechas y la falta de lluvias[4].

Muy pocos días pasó en el hotel Comercio. Alquiló un entresuelo en el Prado de la Cárcel, oficialmente Pasaje del Cardenal Benavides, esquina a la calle de Gaspar Becerra, frente a frente a la cárcel antigua, bellísimo edificio del mejor plateresco español, convertido luego en Ayuntamiento. De su fábrica, realizada por Vandelvira en 1559, se destaca la hermosísima fachada: «Desde su balcón veía todas las mañanas esta hermosa composición monumental tan agradable y plácida»[5].

Ya se halla instalado, ya es prisionero «de la ciudad moruna / tras las murallas viejas. / Yo contemplo la tarde silenciosa, / a solas con mi sombra y con mi pena».

El 1.° de noviembre el nuevo profesor tomó posesión de su cátedra: «Heme aquí ya, profesor / de lenguas vivas» (ayer / maestro de gay-saber, / aprendiz de ruiseñor)».

---

[3] OROZCO DÍAZ, M., «Recuerdo de A. M.», en *Caracola*, n.° 84-87. Málaga.

[4] PASQUAU. J., «A. M. en Baeza», en *ABC*, Madrid, 17/IV/1959.

[5] CHAMORRO, «A. M. en...».

El instituto ocupaba el edificio universitario fundado en tiempo de Felipe II y terminado en el siglo XVI. En esta Universidad enseñó San Juan de la Cruz y fue su primer patrono el beato Juan de Ávila, que redactó sus estatutos.

El recinto es magnífico, con severa y grandiosa fachada que concluye en friso que luce un medallón de mármol que representa a la Santísima Trinidad, advocación bajo la cual fue puesta la casa de estudios. En su interior nuevas bellezas, en especial el patio central, con una galería alta y otra baja. Hay palmeras y rosales en el patio y es necesario descender hasta las aulas por un ancho pasadizo escalonado y oscuro. Gran tradición pesaba sobre el instituto, heredero de la vieja Universidad, emparejada nada menos que a la de Salamanca, por lo cual dícese por esas tierras: «lo que no da Naturaleza ni Salamanca ni Baeza...»[6].

Reanudó su vida de docente, monótona y parecida a la que llevó en Soria. Primero, dictar su cátedra: desde su casa avanzaba hacia el colegio «con pasos renqueantes, apoyado en su fuerte cayada rústica, grandes los zapatos, largo el abrigo con cuello de astracán, vestido de negro, camisa blanca de cuello de pajarita y grueso nudo de corbata negra; negro el sombrero blando, mal colocado casi siempre; a veces llevaba destocada la noble cabeza de revuelta cabellera; iba rasurado con pulcritud, pero el traje masculado por las manchas de ceniza del inevitable cigarrillo»[7].

«Y por su indumento –anota uno de sus alumnos– podríamos confundirle con un ser vulgar si no advirtiéramos en toda su persona un algo superior, que a nuestros ojos le ennoblecía y elevaba. Tal vez la mirada tristona de sus ojos grandes y claros nos hacía pensar en la infinidad de incorpóreas tragedias que como «La tierra de Alvargonzález», habrán visto sus pupilas penetrantes y enigmáticas, de profundo pensador. Tragedias horrorosas, que no sólo en la cons-

---

[6] LAÍNEZ ALCALÁ, R, «Recuerdo de A. M. en Baeza». en *Strenae, Acta Salmanticensia*, Salamanca. 1962. (Estuvimos en Baeza en septiembre de 1962. Íbamos, con atraso, a dictar una conferencia en la Universidad de Granada, por lo cual sólo pudimos demorarnos unas pocas horas en la hermosa ciudad, llena de solera y tan machadiana de alma).

[7] LAÍNEZ, «Recuerdo de...».

ciente inconsciencia del poeta habrá podido admirar, sino también en el amplio retablo de la humana vida»[8].

Como en Soria, cumplía con sus deberes de profesor, diciendo regularmente su lección y asistiendo a los claustros de profesores. Hacíase querer de sus alumnos; nos cuenta uno que de sus recuerdos de Baeza el más vivo era el de aquel maestro, «cantor espiritual de las galerías sin fondo».

De sus clases recuerdan otros alumnos que a veces se pasaba la hora entera hablando de poesía «con voz opaca y los ojos entornados». Rara vez se reía ante alguna diablura (hay alumno suyo que asegura sólo le vio reír una vez). Su risa parecía entonces una tos. En los exámenes aprobaba con facilidad y si el alumno le presentaba un ensayo literario o un poema, se entusiasmaba[9].

A los pocos meses de su llegada, Machado era no sólo el poeta admirado sino también el profesor querido.

Aunque siempre «misterioso y silencioso», pronto se adentró en la vida ciudadana de Baeza. En realidad era retraído, pero no huraño; tímido, pero de un trato social correcto. Por eso se incorporó fácilmente y fue bien recibido en «el mundillo baezano».

Monótona y tediosa vida aquella de que nos habla en «Poema de un día. Meditaciones rurales»[10], uno de sus poemas claves:

Heme aquí ya, profesor...
.....
En un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego,
Fuera llueve un agua fina...

Aburrimiento, monotonía, tedio en el poblachón moruno:

---

[8] LAÍNEZ ALCALÁ. R.. «El maestro de poetas, don A. M.», en *Don Lope de Sosa*, Jaén. N.° 78, VI/1919.

[9] LAÍNEZ, «Recuerdo de...».

[10] A. M., «CXXVII. Poema de un día, Meditaciones rurales».

En estos pueblos, ¿se escucha
el latir del tiempo? No.
En esos pueblos se lucha
sin tregua con el reloj
con esa monotonía
que mide un tiempo vacío.
.....

Llega la noche con sus sombras: «Anochece; / el hilo de la bombilla / se enrojece, / luego brilla, / resplandece / poco más que una cerilla».

La lluvia amaina. Decide salir de la pensión, marcharse a su tertulia: «Mi paraguas, mi sombrero, / mi gabán... el aguacero / amaina... / Vámonos, pues».

Márchase entonces a la rebotica que funcionaba en la farmacia de Almazán. Su propietario –don Adolfo– era farmacéutico en la ciudad, profesor de gramática y gimnasia en el Instituto. Se cree que inspiró a Machado su principal apócrifo, *Juan de Mairena,* profesor de gimnasia que daba gratuitamente clases de retórica.

Su botica, situada en la calle de San Francisco, frente al mercado y al teatro, instalados en lo que fue el convento franciscano, era la sede de la peña más importante. La reunión se celebraba en la rebotica, habitación paralela a la botica con entrada directa de la calle. Era una habitación larga y estrecha como un tranvía, con asientos al pie de las estanterías llenas de botes y frascos. En el centro del cónclave estaba don Antonio, con el sombrero puesto, sentado siempre en el banco de la derecha, apoyado en su cayada, en postura meditativa. («Su mirada era tan profunda / que apenas se podía ver...»).

Se hablaba allí de todo, pero los temas esenciales eran el tiempo, la lluvia, la sequía. Se tocaba también la política, hablándose, como es habitual entre hispanos, mal del Gobierno: «Bosteza de política banales / dicterios al gobierno reaccionario, / y augura que vendrán los liberales, / cual torna la cigüeña al campanario»[11].

Anímase la reunión: «Es de noche. Se platica / al fondo de una botica».

---

[11] A. M, «CXXXI. Del pasado efímero».

Dialogan don Antonio Parra, secretario del Instituto; don José Moreda, el profesor José Coscolilano, el auxiliar de matemáticas Gómez Arenas, Florentino Soria, J. Ferrer, el edil conservador Manuel Olivera, el médico Juan Martínez Poyatos, el catedrático de filosofía Urquía, el abogado Emilio Fernández del Rincón, el registrador Miguel Silvestre, el notario Pedro Gutiérrez Peña, gran tresillista: «Por esta calle / tú elegirás / pasa un notario / que va al tresillo del boticario, / y un usurero, a su rosario».

Integraban el grupo don Cristóbal Torres –político liberal, el más amigo del poeta– y don José León, que cuando mandaban los conservadores era alcalde. Mientras todos charlaban, Machado permanecía casi siempre en silencio, entreteniéndose en completar los mazos usados de las barajas que en los cafés regalaban al boticario. A veces salía de su mutismo y su rostro se transfiguraba; entonces derrochaba ingenio en su conversación fluida, llena de chispa madrileña.

La peña reuníase casi todos los atardeceres y, sin falta, los días de lluvia. Los estudiantes, desde la calle, a través de la puerta encristalada, trataban de ver lo que sucedía en la rebotica y admirar –aunque de lejos– al poeta, su ídolo.

En la ciudad moruna fue el mismo eterno caminante de la urbe soriana. Trajinaba sin cesar por la ciudad, por sus suburbios, por su campiña. La gente lo veía pasar con su bastón y su cojera, «anda que andarás», por caminos y veredas con su hongo y su traje raído.

Terminada su tarea profesional deambulaba, como en Soria, por calles y callejas. Marchaba por la calle de la Compañía, desde las Barreras, a lo largo del edificio que fue de los jesuitas. Desembocaba en la plazuela de Santa Cruz, frente al edificio gótico isabelino del Seminario Conciliar, antiguo palacio de los Benavides, señores de Jabalquinto, en la cuesta de la Catedral. En la esquina de la calle de la Compañía y la plazuela de Santa Cruz estaba el edificio del Instituto.

Iba por las calles su negra estampa de «enlutado universal, de halcón vencido, de fantasma ungido de poesía, tedio, indolencia; de desdén, de altivez, de cansancio infinito». Avanzaba por el duro suelo empedrado de las calles, las plazas, los patios, junto al muro, bajo los anchos aleros negros de los palacios sombríos[12].

---

[12] OROZCO DÍAZ, «Recuerdo de...».

Paseaba casi siempre solo. Cuando iba acompañado marchaban con él Cristóbal Torres, el profesor de dibujo Florentino Soria, el auxiliar de matemáticas Gómez Arenas. En los paseos cortos se sentaba bajo el olmo de la puerta del Conde o en alguno de los bancos que se apoyan en la espalda de la Plaza de Toros, allá por el Ejido. Otras veces caminaba por el paseo de la estación de tranvías, tomando «el buen sol del Arca del Agua», en un parque de alegres jardines y cantarina fuente.

Pero esas caminatas eran sólo de entrenamiento. El eterno caminante se fijó pronto una meta más alejada: la ciudad de Úbeda, que visitaba semanalmente. Queda de Baeza nada menos que a nueve kilómetros. No coinciden las opiniones sobre el móvil determinante de estas andanzas. Sostienen unos que iba a comprar cerillas, otros que a tomar café. Para nosotros iba a la ciudad vecina por el simple gusto de caminar, matar el tedio, quedarse solo, totalmente solo con sus soledades. Enfilaba la carretera solitario, tristón, meditabundo. Arrieros y caminantes lo veían sentado junto a una gran encina, a la vera del camino, en El Encinarejo. Y a la encina, su compañera y amiga, le cantó: «Y la encina negra / a medio camino / de Úbeda a Baeza».

Andando llegaba a su meta, paseando luego por la ciudad, «prodigio de equilibrio arquitectónico», forjada por grandes señores del Renacimiento, que habían estado en Italia y tratado con excelsos artistas. Visitaba el barrio del Alcázar, los rodaderos y las murallas de San Lorenzo, la morisca Puerta de Granada. Entraba en los monumentales edificios: el Hospital de Santiago, la basílica del Salvador, el Palacio de las Cadenas, las iglesias de Santa María la Mayor, San Nicolás, San Isidoro y San Pablo. Recorría calles y plazas, contemplando las casas de «portadas blasonadas, enriquecidas a veces con filigranas maravillosas del gótico postrimero, o con esplendideces del mejor de los plateresco renacentistas y que casi triunfan con audacias barrocas[13]. Como final de su gira tomaba asiento bajo los soportales de alguno de los cafés de la Plaza de Toledo. Allí bebía su negro pocillo, iniciando luego el retorno a Baeza.

A veces la excursión era nocturna:

---

[13] CHAMORRO, «A M. en la provincia».

Ya había un albor de luna
en el cielo azul...
.....
Entre Úbeda y Baeza
–loma de las dos hermanas–
Baeza, pobre y señora,
Úbeda reina y gitana[14].

La monotonía de su vida baezana sólo se rompió en raras ocasiones; por ejemplo, cuando una mañana arribó al «nido real de gavilanes» una delegación de estudiantes granadinos encabezada por el profesor Martín Domínguez Berrueta, gran amigo de Machado, que les brindó cálida acogida. Domínguez Berrueta le presenta a uno de sus alumnos:

–Este señorito –le dice señalándole al mozalbete de piel aceitunada– se llama Federico García Lorca. Es hijo de don Federico, el de Granada, y tiene muy buena disposición para la música. Falla lo quiere mucho y le ha enseñado lo que sabe. Si disponemos de un piano, le diremos que toque, y usted oirá lo bien que suenan las notas.

En el casino, por la tarde, se celebra una reunión en agasajo de los visitantes con asistencia de varias familias; Lorca se acerca a don Antonio y le dice:

–A mí me gustan la poesía y la música–. Machado recita con «voz oscura y cálida» fragmentos de «La tierra de Alvargonzález», que es premiada con una ovación. Lorca se sienta al piano y toca «Danza de la vida breve», saludada con aplausos atronadores. Interpreta luego sus piezas «Poemas del Albaicín» y «Zambra gitana»[15]. Por último, aires andaluces, leoneses, montañeses.

Un año después Lorca leería, en los atardeceres granadinos, en los jardines del Generalife, las *Poesías completas* de Machado. Escribió como atrio en el ejemplar un poema:

---

[14] A. M., «CLXVI. Viejas canciones, II».

[15] PÉREZ FERRERO, M., *Vida de Antonio Machado y Manuel*, p. 120: Ian Gibson: «Federico en Baeza», en *ABC*, Madrid, 6/XI/1966.

Dejaría en este libro
toda mi alma.
Este libro que ha visto
conmigo los paisajes,
y vivido horas santas.
.....
Dejaría en el libro
este, toda mi alma[16].

Al poeta no le gustaba nada Baeza, como se deduce de varios de sus poemas y de una carta a Unamuno: «A primera vista –le escribe– parece esta ciudad mucho más culta que Soria, porque la gente acomodada es infinitamente discreta, amante del orden, de la moralidad administrativa, y no faltan gentes leídas y coleccionistas de monedas antiguas. En el fondo no hay nada. Cuando se vive en estos páramos espirituales, no se puede escribir nada suave, porque necesita uno la indignación para no helarse también. Además, esto es España más que el Ateneo de Madrid»[17].

Así se explica que durante su estancia en la ciudad no haya dejado en ningún momento de gestionar un nuevo traslado en 1915 a Salamanca para sustituir a un profesor cuya jubilación esperó ansiosamente. Al año siguiente proponiendo, sin éxito, a un catedrático de Cuenca permutar sus cátedras. En esa misma época presentóse asimismo al concurso abierto para el Instituto de Alicante, con la ilusión de pasar después a otra ciudad.

Pero, el tan ansiado traslado sólo lo obtuvo en octubre de 1919, tras siete años de permanencia en la ciudad, siendo su nuevo destino Segovia. El 29 de ese mes dictó su última lección. Partió luego, abandonando a sus buenos colegas,

---

[16] GALLEGO MORELL, A. «Cuando Federico leyó a M.», en *La Estafeta Literaria*. Madrid, 15/XI/1949.

[17] A. M., «A Miguel de Unamuno», Baeza, 1913 (?), en A. M., *Obras, poesías y prosas*, p. 913, edición reunida por Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre, Editorial Losada, Buenos Aires, 1954.

amigos y alumnos y alejándose para siempre de Baeza, prometiendo recordar su campiña, lo único que había amado allí: «¡Campo de Baeza, / soñaré contigo / cuando no te vea!»[18].

JULIO CÉSAR CHAVES

(*La Nación,* Buenos Aires, 24 de diciembre de 1966)

[18] A. M., «CLIV. Apuntes. IV».